

Psicología y desarrollo humano

En la raíz del comunicar Dios toma la iniciativa de dialogar con el hombre

Hna. VirGinia isinGrini

Misionera Xaveriana y psicoterapeuta

Somos seres «dialógicos»

Del Dios que ha empezado a «hablar» humanamente en Israel, de ese Dios, depende cualquier respuesta del hombre, cualquier posibilidad de comunicarse adecuadamente con Él y con las demás criaturas.

Desde las primeras páginas de la Biblia, se nos habla de la misteriosa afinidad que une al hombre con Dios, a diferencia de todas las demás criaturas: de reciprocidad y dialogalidad, entre hombre y mujer; en general, entre el hombre y su prójimo; de diálogo que Dios instaura gustoso con su criatura predilecta. Todas las páginas de la Escritura profundizan las vicisitudes, las crisis y la reconstrucción de este diálogo.

La comunicación auténtica, por lo tanto, no es sólo una necesidad para la supervivencia de una comunidad civil, familiar o religiosa. Es también un don, una meta, una participación en el misterio de Dios, que es en sí comunicación.

Dios, desde su misterio de amor y liberalidad, quiso donar la vida al ser humano, haciéndolo partícipe de su misma vida, capaz de comunión con Él, con sus semejantes y con toda la Creación. Éste es el manantial primigenio de toda relación y comunicación humana: el misterio del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, su comunión de amor, su diálogo incesante.

Toda criatura humana lleva en sí la impronta de la Trinidad que la ha creado. Tal impronta se manifiesta también en la capacidad y en la necesidad de ponerse en relación con otros, por medio de la comunicación. Esto explica la inmensa nostalgia que cada uno de nosotros tiene de poderse comunicar a fondo y auténticamente. No hay persona humana que escape a este deseo íntimo.

Dios penetra todas nuestras relaciones, permanece allí donde todo lo demás parece corrompido. Hasta en los abismos de la más profunda desesperación y disgusto de sí, aflora como una estrella alpina sobre el abismo, el deseo de comunicarse verdaderamente con alguien, de encontrar a una persona que de alguna manera nos comprenda y acepte. Esta marca la llevamos dentro por siempre; es un reflejo de Aquél que nos ha hecho y, al mismo tiempo, pone en evidencia las aberraciones que hemos impuesto a este derecho sacrosanto. Los fracasos de la comunicación humana tienen en su raíz la distorsión de un impulso que está en el fondo de nosotros mismos.

Dios es comunicación en sí y con el hombre

La vida íntima de Dios, en cuanto podemos conocerla sobre esta Tierra, se nos presenta como una profunda e inagotable comunión y comunicación entre las Personas divinas: «el Padre dice: ‘Hijo’, y diciéndolo lo engendra y le comunica todo lo que es y lo que tiene. El Hijo ama al Padre y se le dona totalmente en perfecta obediencia. El Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo, es su lazo viviente de unidad, fruto perfecto y personal del diálogo de amor entre el Padre y el Hijo» (Card. Carlo Maria Martini). Comunicándose con el hombre,

Dios revela su misterio más profundo, que nosotros expresamos con el nombre de 'Trinidad'.

Esta comunicación de amor culmina en la historia con la encarnación del Verbo de Dios, en Jesús de Nazaret, en su muerte y resurrección. En la Encarnación y en el Misterio Pascual llegamos a conocer a aquel Hijo que Ignacio de Antioquía llama «Verbo procedente del Silencio». El Padre, el Silencio del misterio escondido que está en el origen de la comunicación, habla y se da a conocer en su Hijo único: «Muchas veces y de muchas maneras habló Dios en el pasado a nuestros padres por medio de los profetas. En estos últimos tiempos nos ha hablado por medio de su Hijo» (Heb 1, 2). El Hijo es, pues, la Palabra definitiva del Padre que rompe el silencio de la noche y es lanzada como guerrero implacable a la Tierra, según la imagen del libro de la Sabiduría (18, 14-15). Jesús, como Verbo que procede del Padre, se comunica hasta hoy a los hombres y mujeres de todos los siglos enviando al Espíritu, que puede ser llamado el «Encuentro»: encuentro de Palabra y de Silencio, de Dios Trinidad con los hombres.

Por el Espíritu se realiza el misterioso encuentro con el amor que el Padre tiene para cada ser humano desde el silencio eterno que es manifestado, en el tiempo, en su Hijo. En ese sentido, el Espíritu es relación. Ser hombres y mujeres 'espirituales' significa, en última instancia, ser personas capaces de una relación plenamente humana y divina.

Esa relación y comunicación de amor que se da dentro de la Trinidad se caracteriza por dos dimensiones que están indisolublemente unidas entre sí: es distinción y superación de lo distinto; alteridad y comunión, diferenciación y unidad. El Padre no es el Hijo, el Amante no es el Amado. Sin esta alteridad, el amor divino sería soledad de egoísmo infinito. Si hay un Amante debe haber un Amado, por eso se puede afirmar que «la receptividad del amor tiene en Dios una consistencia infinita: dejarse amar es amor, no menos que amar... ¡También el recibir es divino!»

Si este amor es distinción, no por eso deja de ser unidad. La diferencia es superada en la infinita profundidad de la comunión trinitaria. En la distinción entre el Padre y el Hijo encuentra así su lugar y su verdadera razón de ser la comunión en la infinita alteridad entre el Creador y la criatura. «La relación de las personas divinas –sostiene Adrienne von Speyr– es tan amplia que en ella encuentra espacio el mundo entero». La relación y la comunicación que se da entre el Amante y el Amado, entre el Padre y el Hijo en el Espíritu, es el fundamento y el modelo eterno de la vida y de la comunicación con el hombre y de los hombres entre ellos.

El don de la comunicación puede ser rechazado

En Cristo, el ser humano es constitutivamente objeto de amor, apertura radical, «oyente de la Palabra», diría Karl Rahner; llamado a dejarse amar en el gozo de la gratitud. El que no sepa recibir no existirá nunca de verdad; la pobreza que acoge es la condición del amor y por eso es la condición del ser. Sin embargo, si el Hijo es pura acogida del amor del Padre, no ocurre lo mismo con la criatura libremente querida por el mismo Padre. En el ser humano el amor puede convertirse en posesividad, egoísmo, esclavitud o dominio. Aquí es donde se descubre la necesidad y la fecundidad original de dejarse amar en la pobreza, sin ser los protagonistas del amor. El hombre está marcado constitutivamente por la receptividad, por la necesidad del otro/Otro. Por consiguiente, los otros no son, aunque

pueden llegar a serlo, el límite del propio existir, sino el umbral en donde el hombre empieza verdaderamente a existir.

No obstante, el hombre puede oponerse a esta vocación original de su ser. Dios, en su infinita bondad, corre el riesgo de la libertad humana, capaz de rechazar tanto el amar como el ser amado. Este rechazo se convierte en drama con el pecado, y el Amante se deja marcar profundamente por el otro humano en la persona del Amado, en Cristo Jesús, raíz de cualquier alteridad.

El signo más profundo de esta vulnerabilidad del amor eterno, de este dolor divino por el no amor de la criatura, es la cruz del Hijo de Dios. La cruz constituye la cumbre de este deseo de amor y comunicación de Dios con su criatura, y a la vez lleva a su punto más dramático el rechazo de este mismo don. Dios vuelve a tomar una y otra vez la iniciativa de reemprender un diálogo que se ve muy a menudo interrumpido, amenazado o distorsionado. Desde las primeras páginas del Génesis irrumpe el desgarre del rechazo, mediante la desconfianza y el temor. El Tentador insinúa que la prohibición de comer del árbol de la ciencia del bien y del mal oculta alguna intención maligna de Dios: «¿Cómo es que Dios les ha dicho: “No coman de ninguno de los árboles del jardín?”» (3, 1). En realidad Dios había hablado únicamente del árbol de la ciencia, no de todos los árboles. Pero el Tentador deforma en parte las palabras del Creador introduciendo un tono de pregunta que dice y no dice, que no niega ni afirma. La mujer replica correctamente a la insinuación de la serpiente, reportando tal cual el mandato divino. Es entonces cuando el Tentador se expone con más claridad y «revela», a su manera de ver, las intenciones ocultas de Dios: evitar que el hombre sea igual a Él, conocedor del bien y del mal. Es la Anti Creación, un proyecto totalmente opuesto a cuanto se acaba de narrar en el capítulo primero: «Creó, pues, Dios al ser humano a imagen suya» (1, 27). El hombre y la mujer se dejan seducir por esta ambigüedad y por el espejismo de la autonomía y libertad absolutas. El diálogo y la comunión se rompen, aunque no de forma definitiva. Los pasos de Dios en el jardín a la hora de la brisa ya no son signos de una presencia amigable y cercana, sino ruidos amenazadores que provocan vergüenza y ocultamiento.

En el momento que la relación con Dios es afectada tan duramente por el rechazo del hombre, también la alteridad humana se vuelve amenazadora y conflictiva. En el homicidio de Caín se consume la ruptura de la hermandad; en el diluvio se rompe la armonía entre el hombre y la naturaleza; en Babel se abre un surco de incomprensión entre pueblos y culturas.

A lo largo de la historia se vuelve a repetir la tentación de los comienzos. El Nuevo Testamento llamará al tentador también ‘Diablo’, es decir, «el que divide». Él tiende a separar al hombre de Dios, al hermano del hermano, al esposo de la esposa, las naciones de otras naciones, insinuando la sospecha de que el otro busca su propio interés y sólo quiere hacernos a un lado o aniquilarnos. El Tentador vuelve a insinuar que no hay comunicación auténtica, que hay que arreglársela a como dé lugar, con o contra el otro. Esta tentación de desconfianza llega a penetrar en toda relación humana y la socava desde su raíz. La comunicación está perpetuamente amenazada por preguntas como éstas: ¿De veras me querrá? ¿No tendrá algún interés oculto? ¿Podré fiarme de él? ¿Y si Dios mismo me engañara o me abandonara a mi soledad y silencio?

Nuestro mundo está lleno de temores parecidos; por eso nacen tantas desconfianzas, celos, sospechas. Se truncan las amistades, se separan las familias, se rompen los contratos, se

CENTRO SAN CAMILO
VIDA Y SALUD
NO. 44 (2010)

violan los pactos sagrados entre las naciones. Todo esto pide a gritos que haya una curación de las relaciones, del diálogo. Es preciso que haya Alguien de cuyo amor no podamos dudar, que realice un gesto de amor irrefutable: Jesús en la cruz.